

las haldetas de su corpiño, deshaciendo una leve arruga que se formaba en su redonda espalda, arregló los anchos pliegues de su falda y atusó con la palma de la mano las espesas trenzas de cabellos negros que coronaban su morena frente.

Después se sonrió de placer al contemplarse tan bella, y marchó á sentarse en el sillón que Marcela acababa de dejar.

CAPÍTULO SEGUNDO

LOS RECUERDOS DE UN SUEÑO

El dormitorio de la joven Baronesa de Medina era en extremo elegante y suntuoso: rematando por la parte superior en forma de media naranja, figuraba una tienda octógona, y caía desde el techo al suelo, por las paredes, una tela de seda blanca que las ocultaba; á su vez estaba cubierta esta sedería por largas caídas de muselina blanca, plegadas fantásticamente y recogidas por algunos puntos en la pared por anchas abrazaderas de plata primorosamente caladas.

El cálido clima de Italia hace inútiles las chimeneas, y en el lugar que debiera ocupar una en aquella habitación, se veía una cornisa ancha, de mármol blanco y transparente, cual si fuera verdaderamente cristalizada: encima de esta meseta había una especie de canastillo ovalado, de graciosísima forma, guarnecido de multitud de flores inodoras, cuyas hojas, de un verde subido y aterciopelado, y cuyos vivos matices eran los únicos colores que venían á contrastar la armónica blancura de aquel gabinete virginal.

Velado casi enteramente entre olas de blanca y vaporosa muselina se descubría el lecho, muy

bajo, y cuyos pies de marfil, ricamente esculpidos, descansaban sobre una alfombra de armiño que cubría el blanco mármol del pavimento. La bella y purísima cabeza de Margarita se destacaba dorada sobre la nivea batista de las almohadas, y su semblante pálido y transparente como uno de esos camafeos que se forman de la espuma de los mares, señalábase blandamente entre aquellas inmensas ondas de batista, encajes y sedería; tenía cubiertos el pecho y los hombros con una bata de dormir ricamente bordada, que se escotaba en la garganta, y cuyas mangas flotantes sólo ocultaban la mitad del brazo.

Al ver entrar á don Justo seguido de Adriano, se incorporó algún tanto y echó hacia atrás, con un movimiento lleno de encantadora gracia, las rubias y espesas trenzas que nacían á cada lado de sus sienes, realzando la hermosura virginal y melancólica de su semblante.

—¡Ya volvéis, amigos míos—exclamó tendiéndoles las manos,—y os habéis retirado cerca de las dos!

—Ya son las seis, hija mía—dijo don Justo sentándose á la cabecera del lecho,—y ni á Mendoza ni á mí nos permite descansar el anhelo de hablarte de un asunto muy importante.

—Hable, hable usted, amigo mío—dijo la joven reclinándose graciosamente en las almohadas y preparándose para escuchar.

—Al venir á Italia, Margarita—comenzó don

Justo con dulce gravedad,—ya sabes que no tuve otro deseo que borrar de tu imaginación los dolorosos recuerdos que te aquejaban. Yo creí que bajo el hermoso cielo de Nápoles recobrarías la tranquilidad y la salud, y me apresuré á traerte aquí.

Una nube de tristeza pasó por los hermosos ojos azules de la Baronesa, y un suspiro se escapó de los labios de Adriano; mas don Justo continuó como si nada hubiese advertido:

—No conseguí mi fin, y, lejos de darte consuelo esta resolución, acrecentó tus males; los atormentadores recuerdos que te afligían se reprodujeron aquí con más fuerza que nunca, y tu ardorosa imaginación creó visiones que han puesto en peligro tu vida. Pero si no me fué dado volverte la dicha que te robó la muerte de tu bienhechor, tus mismos sufrimientos, hija mía, nos han hecho encontrar, á mí un hijo querido en la persona de Mendoza, á ti... un ser á quien amar y á quien confiar tu porvenir.

Nada respondió Margarita; pero una expresión de alegría y de ventura iluminó sus puras facciones; después alargó sus manos á don Justo y al pintor.

—Ya has comprado tu dicha bastante cara, hija mía—continuó el anciano,—y Dios te concede el derecho de ser feliz. Volvamos, pues, á Aragón; mas antes páganos á entrambos todo lo que por ti hemos sufrido... Déjame que una el destino

de mi adorada hija con el de mi hijo querido, ya que hace tanto tiempo que os confundo con igual ternura en mi corazón.

—¡Ah!—exclamó la Baronesa llevando á sus labios la mano de don Justo,—¡cuándo podré yo satisfacer á los dos todo lo que os debo! ¡Cómo pagaros todo lo que habéis hecho por mí! Cuando fluctuaba entre la vida y la muerte, y durante el largo período de mi agonía, os veía incesantemente junto á mi lecho, y vuestra consoladora presencia alejaba las visiones que me mataban... Pero—continuó la joven, palideciendo ante aquellos recuerdos—cuando os alejabais, la imagen del cantor del golfo se presentaba de nuevo ante mis ojos... entonces os llamaba llorando, porque me sentía morir, y al entrar vosotros huía la visión que me atormentaba tanto...

—Olvida, por Dios, aquellas amargas horas, Margarita—dijo Adriano;—olvidalas y pensemos sólo en tu dicha.

—Dejadme que os cuente una vez al menos todo lo que he sufrido—repuso la joven;—antes os lo oculté, y eso fué lo que puso en peligro mi vida... ¡Oh, después de salir de un doloroso sueño, bien se pueden evocar tranquilamente sus recuerdos!...

Y perdiendo de nuevo la sonrisa que este último pensamiento hiciera nacer en sus labios, continuó:

—En Aragón, al hacerme conocer nuestro ami-

go que te amaba Adriano, me afligí mucho, porque me creía culpable de ingratitud hacia el sagrado recuerdo de mi bienhechor; mas cuando vine aquí y te conocí mejor, sentí acrecer el cariño que supiste inspirarme, y mi pesar se hacía cada instante más profundo y amargo. Pero hubiera cedido al fin al sentimiento que me inspirabas, y tal vez hubiera recobrado la tranquilidad, si mi imaginación no se hubiera encargado de mi castigo: á los tres días de llegar á Nápoles, encontré sobre esta mesa de noche un ramillete formado de las flores que Alberto prefería, y su vista me causó un agudo dolor. Tu tierno cariño me iba tranquilizando, cuando una tarde, á mi vuelta de un paseo por el golfo, vi en la misma mesa su retrato y me desmayé lanzando un grito. Desde aquel día, todos, ¡ay! todos encontraban en este aposento algún objeto que me recordaba á mi bienhechor perdido: ya era una tarjeta con su nombre, ya un pañuelo con su cifra, ó ya, en fin, encontraba mi habitación impregnada del perfume que Alberto prefería, y que usaba cuando venía á verme á Santa Rosa.

Calló la joven abrumada por sus tristes recuerdos, é inclinó la frente abatida, mientras Mendoza la contemplaba con una mirada triste é inquieta.

Don Justo fué el primero que rompió el silencio.

—¿Y qué has hecho de aquellos objetos, Margarita?—preguntó á la joven.—¿Los guardas, por

ventura?... Tal vez servirán para hacernos conocer la mano aleve que los trajo aquí, con el solo designio sin duda de hacerte sufrir...

—¡Ah!...—exclamó Margarita, en cuya seductora y cándida fisonomía apareció una suave y placentera sonrisa;—¿pues no os dije ya que iba á hablaros de los recuerdos de un sueño? ¿Olvidáis que todo esto existe sólo en mi enfermiza imaginación? Yo estoy bien cierta de que nada había de lo que yo vi, porque, si no, no hubiera desaparecido de aquí.

Y Margarita, á pesar de su angélica inocencia, quedó pensativa algunos instantes, extendiéndose una leve sombra por su blanca y serena frente; mas, levantando al fin la cabeza y meciéndola suavemente como para alejar algún desagradable pensamiento, continuó:

—Ahora, amigos míos, ya estoy tranquila. Es cierto que la felicidad de que voy á gozar no tiene precio; mas he sufrido tanto, que bien merezco recompensa. Yo te amo, Adriano, y este amor, purificado por el pesar, ha disipado con su radiante luz las densas nieblas que ofuscaban mi inteligencia: tuya soy, pues... Fija tú mismo el día de nuestro enlace.

De nuevo palideció la Baronesa, acaso sin saberlo ella misma, y sus labios se agitaron con un leve temblor; pero el arrebató de Adriano la hizo sonreír dulcemente, y disipó aquella emoción de que ella misma no sabía darse cuenta.

—¡Ah!—exclamó el artista, imprimiendo sus labios ardorosos en la mano de la joven.—¡Dios te bendiga por la dicha que me das, Margarita!

—Dejadme á mí el cuidado de fijar ese día tan hermoso, hijos míos—dijo don Justo levantándose,—os lo suplico. ¿No soy yo, pobres jóvenes, el que debe velar por vuestra suerte?

Y volviendo el rostro para ocultar la emoción dolorosa, retratada rato hacía en sus facciones, añadió haciendo una seña á Mendoza:

—Dejemos descansar á Margarita. Dentro de dos días señalaré yo mismo el de vuestra felicidad.

Salió de la alcoba dicho esto, y Adriano le siguió, no sin dirigir antes á la joven una larga y amorosa mirada de despedida.

CAPÍTULO TERCERO

LA APARICIÓN

Al anochecer de aquel día se abrió la puerta de la casita que daba frente al palacio de Margarita, y que, como ya sabemos, albergaba al caballero español; brilló una luz en el fondo de la escalera por un corto espacio de tiempo, y la figura esbelta y severa de un hombre, cubierto con una larga capa negra, se dibujó en el umbral.

La noche era tempestuosa. A la apacible madrugada había sucedido un calor sofocante, y al caer la tarde se cubrió el cielo de pardas nubes, que se extendieron densas y sombrías como un manto gris oscuro sobre un espléndido ropaje azul; el observador habitante de la casita se detuvo en la puerta y contempló el firmamento durante algunos instantes con melancólica mirada.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó elevando á la bóveda celeste sus brazos.—¡Dios de bondad! ¿Acaso quieres mostrarme en esta noche terrible la omnipotencia y el rigor de tu justicia? ¿Tal vez quieres que pierda toda esperanza apareciéndote á mis ojos airado y vengador?... Si es un aviso que me envías desde tu trono de gloria, yo te doy

gracias por él, aun en medio del dolor que me tortura.

Los últimos acentos de su voz se confundieron con el horrisono fragor de un trueno, y el hombre que invocaba al cielo cayó anonadado sobre la arena de la playa, que empezaba á humedecerse con anchas gotas de lluvia.

La noche había cerrado lóbrega y profundamente obscura; los pescadores, atemorizados con el aparato de una tormenta que amenazaba ser terrible, habían recogido apresuradamente sus redes, y después de amarrar fuertemente las barcas en la orilla, se habían refugiado en sus casas cerrando cuidadosamente las puertas y encendiendo luces á su Madonna.

Las risueñas costas de la Mergellina quedaron desiertas: sólo dos signos de vida se advertían en ellas: la luz que brillaba radiante en el fondo de la casita cuya puerta permanecía abierta, y el débil resplandor de la lámpara de alabastro que ardía en la alcoba de Margarita, y que se escapaba á través de las pintadas persianas y cristales.

Los ojos del español, que seguía inmóvil, se fijaron en aquel reflejo, y sus facciones se animaron algún tanto, como las del perdido navegante que ve próximo á sumergirse su buque en el seno de las olas y columbra en lontananza el resplandor de un faro que ha de llevarle á seguro puerto.

—Vamos—murmuró;—todavía queda una esperanza... la postrera; si la pierdo también, esas aguas me servirán de sepulcro mañana, y tú ¡oh, Dios mío! me recibirás en tu seno porque mi suicidio le habrás decretado tú, y no haré más que obedecer tu voluntad... Pero si mi culpa ha sido bastante expiada, si te apiadas de mí, ¡oh, Señor! entonces dame fuerzas para soportar tanta felicidad, puesto que sólo la esperanza de lograrla me hace desfallecer...

Y en efecto, aquel hombre cayó sentado en el umbral de su casa, y al verle á la luz de los relámpagos, hubiérasele tomado por la estatua del dolor.

—¡Oh, qué cobarde soy!—exclamó al fin levantándose penosamente.—¡Tiemblo y no me resuelvo á obrar, cuando tengo contados los instantes!

Este pensamiento pareció darle fuerzas. Entró en el patio de su casa, sacó de su pecho una llave pequeña y un pomito de cristal que examinó y guardó después, y quedándose con la llave en la mano, apagó la luz y cerró la puerta con doble llave, y quitando ésta la guardó también.

—Ahora, ¡oh, Dios mío! dádme valor—dijo elevando sus ojos al cielo, que surcaba la azulada luz de los relámpagos.

Durante un corto rato pareció orar fervorosamente, y embozándose después en su ancha capa, se dirigió al palacio de la Baronesa.

Seguía lloviendo. El nocturno caminante tuvo que dar un largo y penoso rodeo porque no había ningún barquero que arrostrase la tempestad; al llegar á la puerta, se detuvo de nuevo y apoyó ambas manos en su corazón; pero haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, entró en un gran patio espléndidamente iluminado. Cruzólo rápidamente y se dirigió á una puerta situada en un ángulo, casi debajo de la escalera principal; sacando entonces su llave, la abrió sin ruido y la cerró tras sí, encontrándose en una oscura escalera que conducía á las habitaciones de Marcela y Geraldina. A pesar de la lobreguez que allí reinaba, subió sin detenerse, y al final de la escalera se encontró en un corredor, en el cual se veían muchas puertas.

Aquel hombre parecía saber perfectamente el camino, porque se dirigió sin titubear á una de ellas, cerrada sólo con un pestillo, y la abrió, encontrándose en el cuarto de la anciana ama de gobierno. Frente á la que le había dado entrada, había otra puerta pequeña, detrás de la cual se oía hablar; el cantor del golfo palideció, y se detuvo á escuchar con ansiedad; mas sus facciones perdieron algo de su desgarradora angustia al reconocer la voz de Marcela.

—Ea, ya está todo perfectamente—decía.—Ahora, Geraldina, quita un poco de luz á esa lámpara, porque impediría dormir á la señorita, y pon aquí, en la mesa de noche, ese vaso de agua azu-

carada: siempre ha tenido ella la costumbre de beber á media noche, y me acuerdo de que, cuando vivía mi buena señora, me hacía dejar para su linda y pequeña Margarita el indispensable vaso de agua... Entonces—prosiguió la anciana con voz enternecida—tenía que beberlo sin azúcar la pobrecita, porque muchas, muchísimas veces, no la había en casa ni teníamos con qué comprarla.

—¡Ah! ¡es posible!—exclamó con dulce acento Geraldina.

—Sí, hija mía—contestó el ama de gobierno con esa volubilidad irreflexiva propia de los criados antiguos:—la madre de la señorita fué muy desgraciada, y hubiera muerto de necesidad con su niña, á no ser por la santa caridad de su primo el señor Barón de Medina (que de Dios goce), el mismo que después se casó con la señorita para morir al cabo de un mes.

—¡Santa Madonna!... ¿Sólo un mes estuvo casada?...

—Sólo, hija mía, y este corto espacio de tiempo lo pasó el señor Barón en una continuada y dolorosa agonía. Al llegar á su quinta desde la iglesia donde se casaron, hubo que acostarle, porque se levantó más muerto que vivo para la ceremonia, y ya no volvió á levantarse. La señorita y yo pasamos todo aquel mes sin separarnos ni un solo instante de su lecho... Pero todos nuestros cuidados fueron inútiles, y el señor Barón expiró no bien se hubo confesado.

—¡Oh, Dios mío, qué dolor!

—Si le hubieras conocido, Geraldina, sí que te dolerías mucho. Era tan bueno, tan noble y generoso, que no he visto jamás otro que se le asemeje; era, en fin, un caballero aragonés, con lo cual está todo dicho; y estaba dotado además de una belleza tan admirable, pero tan severa, que aun en su agonía encantaba los ojos, aunque inspiraba respeto. Yo le conocí joven, de veintidós años, en toda la fuerza de su belleza y elegancia; y no obstante ser él quien me colocó en casa de mi señora (que de Dios goce), y á pesar de venir á casa todos los días, llamándome su buena Marcela, jamás me atreví á reirme en su presencia. Todos los primeros días de mes me ponía en la mano una onza de oro, sin que la señora lo viera, y me decía: «Eso, mi buena Marcela, es para que se lo envíes á Eugenio»; pero jamás me dijo: «enviáselo en mi nombre», sino que añadía: «yo quiero que en todos sus placeres y diversiones se acuerde de su buena madre». Te aseguro, hija mía—continuó la anciana enjugándose el llanto que corría por sus mejillas,—que aunque los aragoneses llevamos fama de bruscos y testarudos, sabía yo apreciar y comprender toda la noble delicadeza de su beneficio, y que lloraba cada vez que lo recibía, como ahora lloro al recordarlo.

—¡Oh, qué bueno era el signor Barón!

—¡Ojalá viviese aún para dicha nuestra, Ge-

raldina!... Desde hoy, si quieres, me acompañarás en mis oraciones cuando ruegue por él á la Virgen.

—Con toda mi alma—exclamó con vehemencia la italiana.—¿Quiere usted que empecemos desde ahora, rezando un poco? La signora todavía tardará en entrar á recogerse.

—Que me place, hija mía—dijo la anciana; y ambas se arrodillaron á los pies del lecho de su señora, comenzando Marcela un Padrenuestro que concluyó la joven.

El caballero español elevó al cielo sus ojos con una mirada de ardiente gratitud al escuchar el rezo de las dos mujeres, y, arrodillándose también, acompañó aquella sencilla y afectuosa oración.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Marcela después de concluir el rezo, que duró algunos instantes.—¡Oh, Virgen mía del Pilar! Dad á mi querido señor la felicidad; dadle la gloria que tanto mereció por sus virtudes en la tierra.

—¡Oh, Señor!—murmuró á su vez el caballero.—¡Oid los votos de estas nobles criaturas! No me atrevo á pedirlos dicha en la tierra; sólo os suplico que, si muero, me recibáis en vuestra santa gracia.

Levantóse al decir esto y se apoyó contra la puertecilla tras de la cual hablaban las dos mujeres.

—¿Ves esa Virgen ante la que acabamos de

rezar, Geraldina?—dijo Marcela.—Pues mira, yo me paso contemplándola horas enteras, porque es el retrato fiel de mi amada señora.

—¡Cómo! ¿qué dice usted?—exclamó asombrada la joven.—¿Se parecía á la Virgen de Carlos Dolzi?

—¿Es esa?

—Sí.

—Pues es su mismo retrato.

—¡Oh, qué hermosa sería!—repuso Geraldina juntando sus manos con un movimiento de admiración profunda.

—Tan hermosa, que no he visto jamás otra mujer que se la pueda comparar, como no sea su hija.

—¿Tenía esos ojos azules tan grandes y apacibles?

—Los mismos ojos.

—¿Y esos bucles tan espesos y rizados?

—El mismo cabello castaño y sedoso.

—¿Y esas grandes cejas, y esa preciosa boca, y esos dientecitos que muestra su sonrisa, y esas hermosas manos?

—Te repito, Geraldina, que esta Virgen es el retrato exacto y perfecto de mi señora.

—¡Tan hermosa como la Madonna de Carlos Dolzi!—murmuró aún Geraldina.

—¿Pues no tienes á la señorita, que es más hermosa todavía?

—Sí; pero no se asemeja á la Madonna.

—Porque no hay pintura ninguna que pueda igualar á su rostro de ángel, ni pintor que sepa copiar su divina belleza. Pero vamos, vamos—añadió la bondadosa anciana dando un golpecito en la redonda espalda de la joven;—ya veo que las italianas tenéis por vuestra Madonna el mismo fanatismo que las aragonesas por nuestra Virgen del Pilar.—Y después de una pausa añadió:—Dame la cafetera para templar este vaso de agua, y vámonos.

La joven obedeció sin duda, porque reinó el silencio durante algunos instantes. La voz de la anciana le interrumpió de nuevo:

—Esta noche, Geraldina, cuidarás de la señorita—dijo.—Ya estaba yo algo mala, y el recuerdo de mi buena señora y del señor Barón me ha afligido mucho. ¡Ah!—continuó, abriendo la puerta detrás de la cual estaba el caballero.—¡La mitad de mi vida daría yo porque ambos recobrasen la suya!

—Buenas noches, signora Marcela—dijo la voz juvenil y sonora de la italiana.—Duerma usted bien, y no tenga cuidado por la señorita.

—Si hay alguna novedad, llámame en seguida... Adiós, hija mía, hasta mañana.

Marcela abrió del todo la puerta de su aposento, mientras Geraldina salía por la que daba al tocador de su señorita, donde la iba á esperar para desnudarla.

Mas la anciana retrocedió espantada: una

mortal y repentina palidez se difundió por su semblante y cayó de rodillas, ahogando el terror el grito que iba á escaparse de sus labios. Acababa de aparecersele el Barón de Medina, evocado sin duda del otro mundo por su leal recuerdo.